

NUESTRAS MEMORIAS Y OTRAS HISTORIAS



En las ciudades los musulmanes vivían en "moreras". / EL MUNDO

El XVI fue el "siglo horrible" para los moros valencianos y el preludio para su definitiva expulsión de principios del siguiente. Todos aparentaban desear que se "convirtieran" al cristianismo, pero fue inútil. Ni ellos querían, ni la Iglesia podía. Muchos contaron con la complicidad de sus propios señores algunos de los cuales acabaron en manos de la Inquisición.

JOSE LUIS TORMO

Tras la caída en 1492 del inmenso reino nazarí de Granada a manos de los Reyes Católicos, se produjo una enorme dispersión de musulmanes en dirección a otros reinos de la península en los que la presencia de los suyos fuera, cuanto menos, significativa. Gran cantidad recaló en tierras valencianas. Aquí fueron recibidos por la población autóctona cristiana con la desconfianza de siempre sólo que, en esta ocasión, el asunto comenzó a complicarse más tras la orden real castellana de 1502 que forzaba a todos a elegir entre el bautismo —obligado o voluntario—, o el exilio. Con el fin de no tener que abandonar sus tierras, la mayoría de musulmanes optó por bautizarse voluntariamente continuando, sin embargo, la práctica de su fe. Así nació el concepto de "moriscos", cristianos en los papeles, islámicos en sus prácticas. En los pueblos y ciudades valencianas todos sabían, párrocos incluidos, que aquello del bautizo de los moros era un paripé. A los pequeños se les adjudicaban nombres cristianos que nunca más volvían a utilizar. Concluida la ceremonia bautismal y de regreso a sus casas, lo habitual era que los padres lavaran obsesivamente las cabecitas de sus criaturas a fin de que no quedara en ellas el menor indicio de los óleos bautismales.

El asunto se agravó a partir del 13 de septiembre de 1525 cuando el emperador Carlos V insistió pero de la siguiente manera: «El Rey manda que los moros se vuelvan cristianos». Sin más. A partir de entonces no quedó otra salida que el enfrentamiento armado o la negociación y de ambas cosas hubo. Mientras se pro-

Los moros que no quisieron ser cristianos

EN EL SIGLO XVI LA ACTIVIDAD EVANGELIZADORA EN EL NUEVO MUNDO FUE ENTUSIASTA CON LOS NATIVOS, AUNQUE EN ESPAÑA NO HUBO INTERÉS REAL POR HACER LO PROPIO CON LOS MUSULMANES

ducían disturbios serios en las poblaciones de la Sierra Espadán o en la de Bernia, diversas comisiones de moriscos poderosos se presentaron en la corte de Madrid en diciembre de ese mismo año solicitando del emperador don Carlos V —siempre tras generosas donaciones en metálico—, un aplazamiento para tan dura medida que, finalmente, fue aceptado al concedérseles otros diez años, como máximo, para que dejaran de hablar su lengua y de practicar sus costumbres y ceremonias religiosas dando por supuesto que a lo largo de ese período se pondrían todos al día en las doctrinas cristianas.

Aun siendo consciente de que la Iglesia Católica no estaba ni preparada ni dotada económicamente en ese momento para asumir tan gigantesca tarea, el joven emperador no dudó en adjudicarle, con total naturalidad, la resolución del gran conflicto que, lejos de solventarse, comenzó a presentar problemas. De momento, las diócesis valencianas carecían del suficiente número de párrocos para atender todas las poblaciones en las que hubiera colonias de moriscos, que eran la gran mayoría. Durante años estuvo repitiendo-

se la escena del pobre sacerdote que, a lomos de una mula, hacía largos recorridos por varios pueblos en los que oficiaba misas y ceremonias litúrgicas en exclusiva para los indiferentes moriscos, percibiendo por ello un miserable sueldo.

En tales condiciones, no tardaron en producirse determinados abusos que fueron convenientemente denunciados por los feligreses moriscos. En aquellas imputaciones no sólo se ponía de relieve el afán recaudatorio de algunos párrocos que pretendían cobrar por cualquier cosa, sino que solía manifestarse la desidia con la que cumplían sus obligaciones. A este respecto se hizo famoso el caso del párroco de Gilet que, convencido de la

inutilidad de su apostolado con los moriscos, optó por venderles permisos, a todas luces ilegales, para que pudieran realizar sus ceremonias musulmanas sin ser recriminados por ello.

En aquellas casas moriscas, los hombres hablaban un árabe degradado pero podían hacerse entender en valenciano e incluso en un castellano muy simple. Por

el contrario, las mujeres, que podían hacer sido el gran cuerpo de la nueva feligresía morisca, solían expresarse exclusivamente en árabe lo que suponía que, al comprensible desinterés por conocer una fe nueva se añadía el triste hecho de no comprender nada. Muy pocos párrocos conocían la lengua árabe y cuando el arzobispo Martín de Ayala pretendió resolver la cuestión en 1566 con un catecismo bilingüe el resultado fue nulo. Nadie sabía leer.

La difícil situación se enmarcó más con la complicidad activa de muchos señores terratenientes que, lejos de apoyar la campaña cristianizadora, fomentaban las prácticas musulmanas entre sus vasallos moriscos e incluso llegaron a preconizar levantamientos armados. Ese fue el caso de don Sancho Folch de Cardona, poderoso Almirante de Aragón, marqués de Guadalest, señor de Betxi, de Riba-roja y de Gorga, conocido anticlerical a quien la Inquisición abrió un dilatado proceso en 1540 que se prolongó durante nada menos que 30 años. Opuesto frontalmente a la política oficial, no sólo autorizó la construcción de una mezquita nueva en su territorio de Atzeneta de Albaida, sino que convirtió sus posesiones de la Vall de Guadalest en un importante refugio de moriscos perseguidos.

Durante la visita de inspección que un importante inquisidor realizó, entre otras, a las posesiones del duque de Segorbe pudo observar, y así lo dejó por escrito, la cantidad de abusos que se producían en el día a día. Los señores —y no sólo el duque—, se quedaban con las rentas eclesiásticas ya que los sacerdotes ni siquiera aparecían por la zona y no por simple indolencia. El asunto era más serio y provocó las iras del inquisidor: Los obispos de Segorbe y de Tortosa, vista la imposibilidad de llevar adelante su misión, habían decidido unilateralmente liberar a los moriscos de su obligación de acudir a misa ya que «vivían como herejes y, en consecuencia, estaban excomulgados». Asunto resuelto.

PERSONAJES CON NOMBRE DE CALLE

Moro Zeit

J. L. T.

No es habitual que en nuestros callejeros aparezca el nombre del personaje precedido por su raza. Porque el tal Zeit Abu Zeit era moro, ya lo creo, pero fue mucho más que eso. Fue rey de Valencia durante un período relativamente largo, previo a la conquista de don Jaime I y dejó de serlo como consecuencia de un hecho que marcó el último tramo de su existencia.

Dos religiosos franciscanos naturales de Italia que alcanzaron la santidad tras su martirio, Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, habían llegado a Valencia en 1228 procedentes de tierras aragonesas con el fin de intentar introducir el mensaje evangélico entre la población valenciana, mayoritariamente musulmana entonces. No estaba el rey Zeit para muchas bromas con el asunto religioso y ordenó que dichos frailes fueran detenidos y torturados, decisiones acogidas con inusitado entusiasmo por ambos que, viéndose en los altares, anunciaron al rey Zeit que no sólo acabaría haciéndose cristiano sino que tomaría el nombre de Vicente.

El último rey musulmán

No se sabe cuál de ambas profecías molestó más al entonces moro Zeit, pero fueron degollados en el acto. Tan expeditiva decisión indignó tanto a los caballeros cristianos que le apoyaban militarmente que al abandonarle precipitaron su caída del trono con el correspondiente desembarco en el mismo de Zayyan, que sería el último rey musulmán de Valencia.

En su amargo exilio aragonés tuvo mucho tiempo Zeit para considerar cuánto que se había equivocado con la dicha ejecución de aquellos dos santos varones. Puesto a intentar resarcirse un poco con todos, se entrevistó a principios del año 1236 con el rey don Jaime I y con las autoridades franciscanas para prometerles una importante donación en cuanto se ganara Valencia. Y por si esto fuera poco, renunció a su fe musulmana, se bautizó y, casualmente, se hizo imponente el nombre de Vicente tal y como habían anunciado sus víctimas. Contrajo matrimonio con una noble zaragozana llamada doña Dominga y a partir de ese momento se puso incondicionalmente al servicio del rey Conquistador, justo en el momento en el que se iniciaba la recta final de la campaña de Valencia.

Ya con el nombre completo de Vicente Belvis, fue el antiguo «Moro Zeit» un luchador leal que pronto vio recompensados sus esfuerzos con diversas donaciones y conquistas tanto en Segorbe como en Argelita. Ancianísimo, falleció alrededor del 1270.